

Don Miguel Cruchaga Tocornal (1)



A gratitud, primera palabra que, según cierto inmutable ceremonial, debe pronunciar un académico al presentarse ante vosotros, coincide esta vez en quien os la dirige con un sentimiento verdadero al que se mezcla, os lo confesaré, alguna dosis de enorgullecida satisfacción.

Honra es ya pertenecer a vuestra asamblea y más el ser traído a ella por voto unánime; pero a estos títulos ilustres habéis querido añadir la calidad de mis predecesores, su vasta nombradía y los cargos insignes que sirvieron.

No puedo olvidar en estos momentos que, desprovisto hasta de los más modestos certificados que la autoridad oficial entrega a un estudiante, sin el menor diploma, ni aun el de esas instituciones intelectuales o literarias de cabida tan generosa que casi nadie queda excluído de ellas, debo ocupar aquí el sitio y recoger la herencia que don Agustín Edwards Mac Clure en-

(1) Discurso de incorporación de D. Hernán Díaz Arrieta a la Academia Chilena de la Lengua.

tregó a don Miguel Cruchaga Tocornal, los cuales, excepto la Presidencia de la República, alcanzaron todos los puestos y obtuvieron cuantos honores puede ambicionar un ciudadano, dentro o fuera del país, pues llegó el uno en su carrera diplomática a ser árbitro internacional y el otro a presidir la Sociedad de Naciones.

Si la Academia reclamara el don de la infalibilidad que, felizmente, no se atribuye, podría pensarse que ha seguido el ejemplo de algunos Pontífices cuando nombraban a simples fieles para integrar el Colegio Cardenalicio.

Preferiré, considerándola con ojo crítico, enrostrarle el pecado de la desproporción.

Sin necesidad de acentuarla indiscretamente, ésta aparecerá bastante, por lo demás, al emprender la biografía sumaria y panegírica que, también de acuerdo con antiguos rituales, debo trazar del hombre que vuestra benevolencia me llama a suceder.

* * *

Los precedentes y el orden tradicional me inspiran, como habréis visto, un respeto enteramente conforme al espíritu académico.

Sin embargo, en esta ocasión, querría alterar un poco las normas habituales del discurso que imponen, tras haber elogiado los méritos del antecesor, dedicar la segunda parte a un tema de elección libre.

Deseo, si lo permitís, evocar la memoria de don Miguel Cruchaga Tocornal sin agregarle cuestiones distintas y uniéndola a la de su padre al modo de las vidas paralelas.

Tanto lo fueron, pese a su notable diferencia de caracteres, que no me ha sido posible separarlas.

Hay en esto, incluso, detalles conmovedores.

El tiempo que permanecieron juntos no fué largo, porque nacido el hijo en 1867, el padre murió cuando aquél cumplía los veinte años; pero el afecto que los unía fué profundo y eterna su huella en el corazón del sobreviviente. Uno de los íntimos del señor Cru- chaga Tocornal y, sin duda, quien con mayor ternura lo recordaba, don Arturo Alessandri Palma, hace notar con insistencia la extraordinaria devoción filial de su amigo, la fidelidad con que seguía los ejemplos de su progenitor y cómo, al llegar por vez primera a Europa, no tuvo descanso hasta dar cima a la edición de sus «obras completas», casi una docena de volúmenes donde están sus tratados de economía y derecho, memorias administrativas, artículos, ensayos, no pocos versos, una comedia y la colección de juicios contemporáneos que compusieron su corona fúnebre.

Recorriendo ese abundante repertorio y examinando más tarde el curso de la existencia del señor Cru- chaga Tocornal, sorprendiéronme los singulares puntos de contacto entre ambos, numerosos hasta ser difícil diseñar las líneas del uno sin ver las mismas curvas repercutir en la carrera del otro.

Y esta estrecha unión, perceptible a lo largo de ambas vidas, perduraba aún después de la muerte: tras múltiples dificultades para enfocar la figura de mi antecesor, sólo cuando resolví amalgamarla en cierto modo con la de su padre noté que los obstáculos desaparecían y la senda se allanaba, como si una invisible mano hubiera venido inesperadamente a colaborar.

* * *

Mas no se debe esto, como podría suponerse, a que la personalidad del señor Cruchaga Montt sea más fácil de abarcar que la de su hijo, sino precisamente todo lo contrario; sus alzas y sus bajas, sus entrantes salientes, sus vueltas a menudo extrañas y el sino inexplicable que lo persiguió constituyen la razón de su interés y permiten destacarse la trayectoria sin complicaciones y la incolora transparencia del otro, hecho de una sola pieza.

Nótase, desde luego, cierta falta de lógica, por lo menos, de esa lógica atávica que satisface a muchos, en el temperamento que el señor Cruchaga Montt revela y el que habría debido tener según sus antepasados.

Venían éstos, por la sábana paterna, de esos comerciantes vascos llegados al país a fines del período colonial y que con su previsión, su laboriosidad, su constancia, consiguieron labrarse fortuna y pasaron a formar nuestra clase dirigente. La sangre que aportó su madre hubo de reforzar esas tendencias prácticas con el criterio sesudo, el espíritu mercantil y la sólida claridad mental propia de los catalanes.

Pues bien, la conducta del señor Cruchaga Montt sólo exterioriza alguna de esas virtudes y delata en cambio un germen de aventura y fantasía que más de una vez desbarató sus negocios.

Empezó luchando dificultosamente.

Vicisitudes económicas del tiempo, esa inestabilidad política que exasperó a Portales y le hizo tomar el poder, produjeron la ruina de sus padres y, probablemente, contribuyeron a acortar sus días. A edad muy

temprana, el señor Cruchaga Montt se encontró huérfano y pobre, a cargo de una familia copiosa y sin más apoyo que la ayuda de los parientes.

No se desanimó por eso. Hizo estudios brillantes y sobresalió entre sus condiscípulos, aunque él mismo nos cuenta que, a menudo, falto de luz en el hogar, había de seguir aprendiendo sus lecciones bajo un farol del alumbrado público. La adversidad, en lugar de abatirlo, sirvió para retemplarle el ánimo y forjó con su vital pedagogía un destino superior.

Habiéndole llevado su vocación a la carrera de las Leyes, que era la profesión aristocrática, tuvo allí la mayor suerte que puede caber a un buen alumno: encontrarse con un buen profesor. El Gobierno había contratado para la cátedra de Economía Política al sabio Courcelle Seneuil que difundió en Chile las doctrinas del liberalismo económico y tuvo profunda influencia en nuestra mentalidad política durante toda la segunda mitad del siglo. El joven Cruchaga Montt sintió que esa clase despertaba la pasión de su vida y el maestro distinguió a su vez las notables condiciones del mozo, su viveza de inteligencia, su flexible aplicación de juicio. Hombre escuchado en los consejos oficiales, elogió ante el Presidente de la República D. Manuel Montt, el talento de ese estudiante excepcional y se atribuye al influjo de su palabra que el austero mandatario, venciendo los escrúpulos del parentesco nombrara su secretario al recomendado de Courcelle Seneuil.

De esas funciones pasó el señor Cruchaga a otras de mayor jerarquía, fué Jefe de Sección en el Ministerio de Hacienda, pudo aplicar sus especiales conocimientos y reveló dotes que acrecentaron su juvenil prestigio: cuando el catedrático francés abandonó la

enseñanza, la Universidad designó para sucederle al que reconocían como su mejor discípulo.

El señor Cruchaga debió al profesorado universitario mucho del lustre de su situación forense y a su disciplina el Tratado de Economía en que debían aprender más tarde esta ciencia todos los estudiantes del ramo en el país y muchos de naciones extranjeras.

Tenía, en materia social, ideas avanzadas.

El año 1877, en su «Organización Económica de la Hacienda Pública de Chile», don Miguel Cruchaga Montt hace consideraciones que nos parecen moderadas hoy, pero que entonces debían sonar casi peligrosas.

Dice, por ejemplo:

«Algunos Gobiernos y algunos hombres de Estado han comprendido que la principal función que les correspondía en la dirección de los negocios públicos era preparar a la masa levantando su espíritu, colocándola en un nivel superior y extinguiendo por la educación y la moralidad la desigualdad evidente entre ella y la masa superior, desigualdad que no viene de la ley, que ha establecido la igualdad cívica, sino de su condición social, de sus tradiciones y de su organización íntima. Mientras esta desigualdad de hechos no desaparezca, no vemos en los elementos de nuestra civilización ninguna base cierta de un porvenir estable. Y repetimos que ahora como antes el principal deber de todo Gobierno consiste en sacrificar muchos otros servicios, ya de lujo, ya de representación, ya en fin todos aquéllos que no se refieren a la necesidad o seguridad comunes, en homenaje al fomento de todas aquellas instituciones que propenden a igualar y levantar el nivel moral e industrial de la población».

Estas palabras igualitarias y laicas en un aristócrata de espíritu religioso hacen meditar. No siempre las reformas audaces nacen de semilla revolucionaria ni cabe atribuir invariablemente a los que llaman reaccionarios propósitos retrógrados.

Mas no se crea que la cátedra le impedía atender su bufete, pronto renombrado entre los que descollaban.

Hé aquí como lo retrata poco más tarde don Zorobabel Rodríguez:

«Miguel Cruchaga fué en el foro una lumbrera. Tenía del Abogado la concepción rápida, la ciencia de las doctrinas y los textos, vista de lince para descubrir las útiles menudencias, la paciencia de la hormiga para aprovecharlas, el don de exponer las cuestiones con claridad sorprendente y de encontrar la salida de los más intrincados laberintos. Tenía también y en alto grado la rectitud acrisolada que no se deja engañar jamás por las sugerencias del personal interés».

Al mismo paso firme con que había pasado de las bancas del estudiante a la cátedra del profesor y de ésta a los estrados jurídicos, avanzó sin tropiezos y dominó la tribuna parlamentaria.

Fué elegido diputado al Congreso por el partido conservador.

Allí se le escuchó siempre con interés y a menudo no sin deleite: «Su voz suave y argentina—dice el tantas veces cáustico retratista de «Los Constituyentes»—su palabra fácil e insinuante, su método claro, preciso, firme, han adquirido ya el aplomo del verdadero orador. Expone con amenidad, observa con perspicacia, sabe encontrar siempre la palabra oportuna, la reflexión decisiva, el argumento poderoso. Tiene con frecuencia no una lógica de hierro—es

demasiado amable para eso sino una lógica de acero. Hay en su argumentación almohadones de pluma, lagos de seda de que sus adversarios no se desembarazan fácilmente».

La garra que apenas rasguña bajo el toque afelpado muestra finamente, en esta semblanza uno de los escollos en que iba a tropezar el hasta entonces victorioso luchador, el sagaz profesional que había logrado la plenitud adquiriendo prestigio y fortuna y reasentando su situación sobre bases al parecer indestructibles.

Había en el señor Cruchaga Montt exceso de sutileza. Su imaginación viva, su inteligencia aguda producían un desconcierto que le valió en la lucha como arma inapreciable, pero acabaron por volverse en su contra cercándolo de suspicacias. Además, lo tentaba el demonio de la aventura, sentía la fascinación de los negocios desconocidos, y un tanto quiméricos, que halagan la codicia con fabulosas ganancias. La mezcla de vasco y catalán, en vez de consolidar un temperamento de puro tipo mercantil, había producido una combinación paradójica de hombre de leyes aficionado a las minas, de abogado clarividente que se deja llevar de espejismos: no bien los suculentos honorarios de sus bufete lo permiten, embarcarse en la explotación del mineral de Caracoles, famoso y traicionario, para volver pronto a reponerse de los duelos y quebrantos en la atención de su fiel clientela.

Esta propensión extraña al genio de su estirpe parece un contagio del espíritu meridional y concluiría por serle funesta.

Así ocurrió.

Llegada a la cúspide, a la edad de treinta y siete años, la curva de su destino ascendente sufre una caí-

da brusca. Y no se pudo recobrar. Había reconquistado la holgura económica, tenía formada una familia, recibía las consideraciones más lisonjeras; el foro, el parlamento, la sociedad lo celebraban, cuando la violenta atracción de una ganancia súbita, el señuelo de tesoros portentosos le produjeron una especie de vértigo y cayó víctima del contagio colectivo más virulento que ha estallado en Chile.

Porque la caída de don Miguel Cruchaga Montt forma parte de una especie de epidemia mental digna de estudio y hasta ahora no bien analizada.

Ese suceso, en que el oro tiene un papel principal arranca de California.

Allá por 1878, declinante ya la alta marea de los placeres auríferos, multitud de aventureros, investigadores, negociantes, hombres de empresa y de toda clase, reunidos por el prodigioso acontecimiento, empezaban a dispersarse o miraban alrededor en busca de nuevas fuentes de fortuna.

Entre ellos creyó descubrir el Cónsul de Chile, don Carlos Casanueva, a un individuo de mérito que podía sernos útil. Era un químico francés muy hábil, de insinuante palabra y maneras distinguidas, que le había ayudado en la propaganda de la Exposición Universal de 1875 y poseía varias patentes de invención. Con la satisfacción del buen funcionario que cumple su deber, el señor Casanueva lo recomendó al Gobierno diciéndole que le había aconsejado venirse, porque nuestro territorio, su clima y sus riquezas minerales, prestábase mejor que ninguno a la aplicación de los numerosos descubrimientos del sabio francés sobre oleo-margarina, extracción de oro y fertilización de terrenos incultos.

Pues tales fueron los títulos que, al llegar a San-

tiago, exhibió el famoso y todavía indescifrable Paraf; venía, con credenciales en regla, a fertilizar tierras incultas y extraer oro.

El sistema que puso en práctica logró desde el primer momento éxitos prodigiosos: los ensayos en la Casa de Moneda, bajo la vigilancia del ensayador oficial, don Diego Antonio Torres, producían hasta un cuarenta por ciento de metal fino allí donde otros apenas conseguían un promedio de dos o tres. La noticia corrió como un reguero. Piedras que nada valían, desechos de vetas abandonadas, convertíanse, de pronto, en veneros de las mil y una noches y el país en un teatro de cuento de hadas.

La antigua «aurea sacra fames» contagió hasta a los más escépticos. Los hacendados vendían por nada sus fundos con enseres y animales, los propietarios ofrecían a cualquier precio sus casas y sus muebles para adquirir, por sumas enormes, un medio, un cuarto, un quinto de barra de las minas Paraf. Las acciones de su empresa subían por horas.

El historiador Encina, que dedica al episodio un párrafo especial, refiere que Paraf, héroe del día acaparó tanto la atención pública que intrigas políticas, luchas teológicas, crisis económica, déficit fiscal, cuestión de límites, todo desapareció de la conciencia pública. La primera de las víctimas fué, desde luego, el propio Paraf: en las calles y teatros lo hacían objeto de tales muestras de admiración que casi le dificultaban los movimientos necesarios para la atención de sus asuntos.

El mismo historiador ha analizado otras veces estas explosiones del entusiasmo social en Chile. La prudencia castellano-vasca, su grueso sentido común, práctico y sesudo, que rara vez aparta el ojo de la ta-

lega, suele experimentar de tiempo en tiempo sacudones y quebraduras por entre cuyas grietas salen estallidos que producen verdaderos «estados delirantes». Es la revancha de las resignaciones forzadas, de los sacrificios prolongados, de los sueños largo tiempo reprimidos, es el desbandamiento de las virtudes impuestas por violencia. El apetito de enriquecimiento que las produce, sometido a presión excesiva, las pulveriza: los avaros se vuelven derrochadores, los paca-tos, temerarios, el descreído, supersticioso.

Ocupaba entonces la Presidencia de la República don Aníbal Pinto. Este arquetipo del mandatario prudente, discreto, enemigo de arriesgarse, escribe al principio en su correspondencia en tono de burla diciendo que el inventor si no extrae oro de los minerales pobres, ha extraído en cambio de los pobres cerebros hasta el último átomo de buen sentido. Mas, poco a poco, en la misma correspondencia, se le ve ganado por la ola general y no sólo él sino su Ministro de Hacienda, don Rafael Sotomayor, participan del contagio, cambian de acento, reciben en su palco al francés que enloquecía al público, y refrendan en cierto modo su prestigio.

Cuanto hay, por lo demás, de respetable en Chile lo ha consagrado: don Alejandro Vial, Presidente del Banco de Chile, don Adolfo Ortúzar, don Antonio Varas, don Francisco Subercaseaux. Y sigue la lista. Cítase como raro ejemplo el caso de don Agustín Edwards que rehusó entrar en el negocio porque «lo consideraba demasiado bueno».

Promotor, abogado y uno de los más entusiastas organizadores de la empresa aurífera, don Miguel Cru-chaga y sus amigos veían, por fin, acercarse la gran fortuna, la situación preponderante, el influjo irresis-

tible y todas las satisfacciones de los privilegiados. Tenían en las manos cogida un ala de la quimera. El oro de Paraf pagaría nuestra deuda pública. Sólo era de temer que su abundancia lo hiciera bajar de precio en el mundo.

Habiendo circulado la noticia de que el secreto del químico pertenecía a un fraile español y estaba en un infolio escrito doscientos años atrás, se buscó el libro por todas partes; la Biblioteca Nacional y la del Convento de San Francisco fueron registradas y, como no aparecía, lo encargaron a Europa por telégrafo.

Ignórase hasta hoy en realidad, exactamente, cómo pudo el extraño personaje desencadenar esa tormenta. Nada en su conducta, antes ni después, justifica el dictado de embaucador ni lo presenta capaz de haber planeado con frío cálculo estafa de tales proporciones. Muchos detalles del proceso y su comportamiento posterior declaran, en cambio, su buena fe.

La del señor Cruchaga nunca se discutió.

El mismo toca la primera campana de alarma y pide la intervención del Juez, sabiendo, naturalmente, que ello determinaba su ruina. Paraf, del alto situal donde la atención pública lo admiraba, pasó a los estrados judiciales y luego a la deportación en Valdivia.

El desastre le costó al señor Cruchaga toda su fortuna, unos doscientos cincuenta mil pesos de cuarenta peniques.

No logró reponerse más de la caída. A los treinta y siete años de edad—los hechos sucedieron en 1878—una afección cardíaca, resultado sin duda de las emociones, le obligó a buscar reposo en la costa y se retiró a Valparaíso. Procuró trabajar en la prensa, pero le faltaba el ánimo. Un resorte interior se le ha

roto que lo anula. Allá fué lentamente apagándose hasta morir, el año 1889.

Entre sus papeles, su hijo encontró esta carta:

«Agobiado bajo el peso del más hondo dolor, he pasado mucho tiempo sin dirigir mi vista a parte alguna, sin concentrar mi alma en un solo pensamiento. No he tenido conciencia de mi vida y encerrado mi espíritu dentro de mí mismo, sin otro espíritu que le comunicara su aliento, sin luz que le guiara en las tinieblas, sin lágrimas que vertieran una gota siquiera de amarga hiel, en la aridez del vacío ni tuve fuerzas para buscar consuelo que no imaginaba ni he comprendido que para mí alumbrara ese astro que dicen ser bello y que otros llaman esperanza.

«Hay situaciones, hijo mío, en que el alma no vive, porque sólo es vida la lucha en el nacer o el llanto, la lucha ardiente en que se persigue el éxtasis de cierta contemplación o el punzante sueño... Y en esa muerte de mi alma he pasado mucho tiempo.

«Hoy... déjame llorar, hijo mío, déjame llorar que por vez primera, después de muchos años, he venido a encontrar en tu frente pura y en tu angelical sonrisa una fuente de preciosas lágrimas por tanto tiempo guardadas en las oscuras nubes que envolvían mi espíritu...».

Este desgarrador testamento fué la única herencia que recibió su hijo al empezar la vida.

Y después de tantos años, luchas, triunfos y derrotas, otro joven llamado Miguel Cruchaga, hijo pobre de familia rica asume la carga de un hogar ilustre y arruinado sin más punto de apoyo que la protección de sus parientes.

Las biografías, como la historia, se repiten; pero nunca de un modo enteramente igual.

Es otro carácter el que va a pasar por las mismas pruebas y sufrir alternativas análogas.

Nacido en 1867—y no, según se ha dicho, en 1869—siguió también don Miguel Cruchaga Tocornal la carrera de las leyes y pasó asimismo de estudiante a profesor; pero no eligió como especialidad la economía política, ciencia incapaz de evitar las ruinas económicas—sino el Derecho Internacional que debía contarle entre sus tratadistas y maestros de mayor categoría, pues si los textos del padre sirvieron a alumnos nacionales y extranjeros, los del hijo alcanzaron idéntica difusión dentro y fuera de Chile.

No se requiere gran sutileza para notar la diferencia psicológica que implican ambas vocaciones. Mientras el economista procura sentar con solidez el pie en tierra, los cultivadores del derecho internacional se elevan fácilmente a la región de las teorías y hallan su territorio en un ámbito casi metafísico. Quieren igualar a los poderosos con los débiles en torno a una idea abstracta, piensan que los acuerdos, las doctrinas, tratados y precedentes triunfarán sobre las ametralladores y las bombas.

Su reino no es de este mundo.

Por eso los envuelve un prestigio reverencial que es como la atmósfera misma de las Legaciones y Conferencias, de los Congresos y Embajadas, ricas en títulos, saludos y condecoraciones.

No obstante, según veremos, tal como el estudio y la enseñanza de la Economía Política realzaron la posición, mas no pudieron impedir la caída del primer Cruchaga, esta otra rama del Derecho prestigiará asimismo al segundo sin poder evitar tampoco su ruina.

Porque en ambos el título y la cátedra constituyen, fuera de una vocación superior, el medio de recupe-

rarse y una senda hacia los altos cargos y las consideraciones sociales inherentes; pero la desemejanza de los caracteres les impone allí también un diferente tipo de conducta.

El señor Cruchaga Tocornal, vasco por los dos costados, sin mezcla extraña, representa la solidez, encarna el buen sentido, un criterio equilibrado y ecuanime. No poseyó la chispa. La confianza que su padre conquistaba, por decirlo así, de asalto, a golpes de talento, a él se le entregó por la continuidad del esfuerzo regular y constante y un fondo de bonhomía segura, transparente en el distraído mirar de sus ojos y hasta en su maciza corpulencia.

La sangre había vuelto reforzada al cauce de curso lento y pulsaciones sin sobresalto. No encerraba incógnitas el pensamiento del señor Cruchaga Tocornal ni ofrecía misterios su conducta. Se le apreciaba entero a la primer ojeda, en los dos sentidos del verbo apreciar: fijarle precio y reconocérselo. Los «almohadones de pluma, los lagos de seda» que en la senda sinuosa del primer Cruchaga escondían artificios puestos por estratagema, en la amplia y acogedora morada del otro no contenían nada sino blandura y hospitalidad.

Pero los astros les habían fijado destinos paralelos y ambos empezaron, siguieron y terminaron una curva igual.

El mismo Partido Conservador, que llevó al padre de diputado al Congreso hizo elegir su representante al hijo y éste, tal como aquél, se preocupó del pueblo, impulsó la legislación social y figura entre los avanzados que se adelanta a su época.

El año 1903, prestigiado en el parlamento por sus discretas intervenciones en el debate, entró al Minis-

terio de Hacienda, donde quedaban las huellas de su padre, y el primer proyecto que presentó a las Cámaras inspirábase en las ideas del economista de 1877 cuyos conceptos hemos reproducido: a él se debe, según se recordará, el primer Consejo de Habitaciones Obreras destinado a construir casas populares, higiénicas y baratas que fueran eliminando la vergüenza nacional del conventillo.

Este proyecto con que inició su vida pública antecede a la empresa educativa y filantrópica de sus años postreros, dedicados a la fundación de la Escuela de Servicios Social «Elvira Matte de Cruchaga», así bautizada en homenaje a su esposa y fiel colaboradora.

Ambas iniciativas se completan: las Visitadoras Sociales, esas misioneras de corte moderno y alma cristiana, llevan a los hogares el encargo de vigilar al habitante en la habitación y propender al mejoramiento de la una y el otro.

Mas, pese a su importancia, estas actividades de orden forense, universitario, parlamentario o gubernativo, no son las que definen al señor Cruchaga Tocornal ni llevan su personalidad al sitio eminente en que, desde los más lejanos puntos, se le ve. Su nombre, para el público, evoca ante todo al diplomático que durante casi medio siglo desempeñó los más elevados puestos y, tras haber recibido lustre de su representación, se lo dió con su prestigio entre las naciones.

Su carrera empieza a los cuarenta años de edad cuando, en 1909 el Presidente Montt, hijo del que había auspiciado los comienzos de su padre, le nombra Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de Chile en Paraguay y la República Argentina, con

sede en Buenos Aires donde al año siguiente, 1910, hubo de recibir al Presidente y su comitiva y organizar los festejos con que esa ciudad celebró el doble centenario de la independencia.

Siete años permaneció allí.

Las dotes de tacto y prudencia que demostró en el manejo de las relaciones chileno-argentinas, particularmente delicadas, le valieron ascender, en 1914, a la Legación en Holanda y Alemania, con residencia en Berlín.

Allá iba a tocarle afrontar los múltiples asuntos derivados de la guerra. Uno de ellos, en especial, exigió al señor Cruchaga condiciones de hábil economista: fué el problema de los fondos de la conversión metálica depositados en bancos germánicos que el conflicto hacía peligrar. El éxito con que la operación se realizó muestra su sagacidad y prueba que no había olvidado las enseñanzas del maestro de Hacienda Pública.

El año 1920 asumió la Presidencia de la República don Arturo Alessandri.

Siguiendo la costumbre establecida, el Ministro en Berlín presentó su renuncia; pero, aunque perteneciente al bando opuesto, el nuevo mandatario, en vez de aceptársela, lo ascendió a Embajador y lo trasladó a Río de Janeiro. El mismo señor Alessandri ha escrito después que las informaciones del señor Cruchaga sobre la separación de la Iglesia y el Estado en el Brasil le ayudaron mucho a cortar en paz los lazos seculares del poder civil y el religioso en Chile.

Pero esta amplia tolerancia religiosa de un católico practicante, miembro del Partido Conservador, no implica flexibilidades de conciencia: trasladado del Brasil a Estados Unidos, el señor Cruchaga abandonó su puesto de Embajador durante la Presidencia de

Ibáñez y solamente la reasumió al tomar el mando el señor Montero, porque el profesor de Derecho sabía dar también—y sin alarde—lecciones prácticas.

Esta rara integridad moral, esta coherencia superior sin trizadura, no menos que su saber le crearon el prestigio que le valió más tarde distinciones como participar en la Comisión Mixta de Arbitraje entre Estados Unidos y España para fallar los reclamos surgidos del tratado de septiembre de 1914, luego el encargo de México de mediar en sus dificultades con la Iglesia Católica y, visto el éxito logrado en tal gestión, el nuevo arbitraje entre México y Alemania a fin de resolver los problemas provocados por la abdicación de don Porfirio Díaz.

Investigadores minuciosos, capaces de sumirse durante años en los archivos y explorar los documentos, sacarán a luz, sin duda, la acción vastísima del señor Cruchaga Tocornal, que se confunde con la historia diplomática del país durante medio siglo.

Por ahora sólo nos cabe reunir datos y coordinar algunas fechas culminantes.

La de 1932, en que don Arturo Alessandri vuelve otra vez a la Moneda, señaló para el señor Cruchaga la iniciación de su trascendental quinquenio como Ministro de Relaciones.

Ha cumplido sesenta y cuatro años. Entra ahora, no a escuchar y obedecer, sino a impartir instrucciones. Participa del poder responsable y orientará la política externa de su patria con el tesoro de experiencias reunido en una vida entera.

Su sola duración en aquel cargo, únicamente igualada por Ministerios de otras épocas, comprueba el irremplazable tacto con que lo sirvió y la superioridad de su prestigio sobre los partidos. Sencillo de

maneras y de alma, afable sin doblez, a infinita distancia de las vías tortuosas como del estiramiento cortesano que una tradición asigna al diplomático, el señor Cruchaga supo defender los fueros del país y conservar su decoro con magistral firmeza por el camino de la recta buena fe.

El influjo que éste le procuró iba a facilitarle el triunfo en una de sus más delicadas gestiones.

Hacia varios años que la guerra duraba en la vecindad de Chile y dos países limítrofes desangraban el corazón de la América austral. Todas las tentativas de avenimiento habían fracasado. El Ministro de Relaciones, sintiendo en la atmósfera el minuto favorable, echó el nombre de nuestro país en la causa de la paz y poco después cesaba el fuego en las selvas del Chaco.

Esta victoria le valió ser propuesto por su colega argentino, el Canciller Saavedra Lamas, como candidato al Premio Nobel y, entre nosotros, menos adictos a la pompa honorífica, un nombre afectuoso que en adelante asociaría familiarmente el suyo al ave bíblica que anunció con la rama de olivo el final de un cataclismo.

Decepcionados por su impotencia para imponer la razón entre los hombres los internacionalistas pueden creer, a veces, inútiles sus esfuerzos y vana su misión: la guerra se ríe demasiado a menudo de sus esfuerzos y desmiente sus teorías. Para uno solo de sus éxitos pacificadores basta para que el mundo se vuelva con admiración hacia ellos y la confianza retorne a sus espíritus.

En esta última etapa, llegado a la vejez y a las supremas consagraciones, figura nacional representativa, indiscutible, de las que enorgullecen a los pue-

blos y guardan el depósito de las virtudes tradicionales, la línea de su destino empalma con la que abatió la suerte de su padre y ve también disolverse la fortuna reconquistada y desmoronarse su situación económica hasta el total despojo de sus bienes.

Mas también lleva este episodio un matiz de divergencia psicológica, pues la empresa en que el señor Cruchaga Tocornal se arruinó, antes que fines lucrativos revela propósitos de propaganda política y difusión cultural mediante los recursos que le facilita la ciencia. Y, aunque el ilustre senador y prohombre se vió en sus últimos días obligado a desprenderse de objetos de personal afección para subsistir, inútilmente se buscaría entre sus papeles alguna carta como la que él descubrió entre los de su padre, sea porque su resignación le evitó la amargura de escribirla, sea porque no se la dictaba, como al otro, un corazón todavía romántico, sea—y es la más desconsoladora de las hipótesis—porque no tenía a quien confiar esa clase de efusiones demasiado íntimas.

* * *

Suele pensarse que las Academias de la Lengua sólo deben admitir en su seno a literatos especializados, más aun, a gramáticos y lingüistas, maestros del idioma, para formar una especie de consejo técnico.

La simple lista de sus miembros a través de la historia muestra una realidad distinta.

El título de académico no siempre supone particular competencia en el arte de escribir; hombres de toda clase lo han ilustrado y es justamente esta amplitud la que le permite conservar el aprecio público

El «habitante de la ciudad de los libros», cultivador exclusivo de las bellas letras y que a amarlas reduce su ambición, en vez de sorprenderse, felicítase y agradece el reflejo que le llega de esas sombras insignes ante las cuales nadie puede pasar sin inclinarse.

He querido evocar la de don Miguel Cruchaga acentuando las virtudes que realmente tuvo, sin atribuirle excelencias que no poseía ni necesitaba y que tampoco ambicionó, con la certidumbre de que su figura así esbozada basta para comprender que la Academia Chilena de la Lengua guarde su nombre entre los que más la han dignificado.